

Shakespeare no se dió cuenta de lo que hacia. Tal es la fuerza y tal la realidad de los tipos, que el creador deja algunas veces que le arrastren y le dirijan. Por eso acaso Desdémona, esposa del hombre noche, muere asfixiada por la almohada que recibió su primer beso y que recoge su último aliento.

Lear es un pretexto para crear á Cornelia. La hija que ejerce los deberes de la maternidad con su propio padre, es un asunto admirable. No puede contemplarse espectáculo más sagrado que el de las barbas blancas junto al pecho joven de Cornelia.

Después que Shakespeare imaginó y concibió esa figura, tuvo creado el drama; pero ¿dónde colocar esa radiante visión? En un siglo oscuro. Shakespeare la coloca en el año 3105, en la época en que Joas era rey de Judá, Aganipo rey de Francia y Lear rey de Inglaterra. El mundo entonces estaba envuelto en misterio. El templo de Jerusalem acababa de construirse; los jardines de Semiramis empezaban á demolerse; comenzaban á circular las primeras monedas de oro en Egipto; el tirano de Argos inventaba la balanza; Hesiodo acababa de morir; Homero, si vivía, contaría ya cien años; Licurgo regresaba á Esparta; en esa época Lear vive y reina en las tenebrosas islas. Aquella noche oscura, que convida al sueño, escoge Shakespeare para inventar á su antojo al rey Lear, á un rey de Francia, á un duque de Borgoña, á un duque de Cornwall, á un duque de Albany, á un conde de Kent y á un conde de Gloucester. ¿Qué le importa la historia al que tiene de su parte la humanidad? En cuanto elige el terreno y designa el lugar de la escena, empieza á edificar su obra. Se apodera de la tiranía, que luego se convierte en debilidad, y crea á Lear; de la traición, y crea á Edmundo; de la abnegación, y concibe á Kent; de la ingratitud, y dá á este monstruo dos cabezas, la de Goneril, que la leyenda llama Gornerrilla, y la de Regana, que la leyenda llama Ragan; se apodera de la paternidad, de la monarquía, del feudalismo, de la ambición y de la demencia, que reparte entre tres locos: el bufon del rey, que es loco por oficio; Edgard de Gloucester, que es loco por prudencia, y el mismo rey, que es loco por miseria. En la cumbre de semejante amontonamiento trágico coloca asomada á Cornelia.

Existen formidables torres de catedrales, como, por ejemplo, la Giralda de

Sevilla, que parecen construidas con sus espirales, sus esculturas, sus aéreas celdas, sus aposentos sonoros, sus campanas, su aguja y su enorme mole, expresamente para soportar en la cúspide un ángel que abra al viento las doradas alas. Así es el drama el *Rey Lear*.

En esta admirable creación humana, Lear sirve como de sosten á la inefable creación divina de Cornelia. El caos de crímenes, de vicios, de locuras y de miserias del drama, aprovechan para motivar la magnífica aparición de la virtud. Como si Dios crease una aurora y después un nuevo mundo para ella, así Shakespeare, después de concebir el tipo de Cornelia, crea un drama expresamente para él.

¿Qué figura la del padre! ¿Qué cariatíde! Es un hombre encorvado que no hace más que cambiar de carga, carga que cada vez es más pesada; cuanto más el anciano se debilita, más aumenta el peso que le oprime. Primero sufre la carga del imperio, después la de la ingratitude, después la de la desesperación, después la del hambre y la de la sed, después la de la locura. Las nubes bajan hasta su cabeza, las sombras de los bosques le persiguen, sopla sobre él el huracán, la tempestad azota su manto, la lluvia cae sobre sus hombros. Desatinado por la furia que le domina, pero inmenso, increpa á las borrascas y al granizo con este grito épico: "¿Por qué me odiais, por qué me perseguís, tempestades, si no sois mis hijas?" Entonces todo concluye para él y la luz de su razón se debilita y se apaga. Lear aparece en plena infancia; el viejo se vuelve niño. Al niño le falta una madre, y se le presenta su hija, su hija única, Cornelia, porque las otras dos, Regana y Goneril, han hecho lo suficiente para merecer el nombre de paricidas.

Cornelia se le acerca y le pregunta:—"Me conocéis?—Si, os conozco; sois un espíritu," contesta el viejo con la sublime lucidez del delirio. Entonces empieza la preciosa escena en la que Cornelia alimenta con la leche de sus pechos al anciano venerable, que moría de inanición en brazos del odio. Cornelia nutre á Lear de cariño, y éste recobra el valor; le nutre de respeto, y el infeliz vuelve á sonreír; le nutre de esperanza, y la confianza renace en el anciano; le nutre de prudencia, y recobra la razón el loco. Lear, convaleciente, sube de grado en grado hasta recuperar la vida. El niño se convierte en viejo y el viejo en hom-

bre. Hé aquí transformado el sér miserable y abyecto en sér alegre y feliz. En esta dilatación del ánimo se funda la catástrofe. Nunca faltan traidores, perjurios ni asesinos, y Cornelia muere. No puede imaginarse nada tan doloroso como el asombro del anciano, que sin comprender lo que vé, espira abrazando el cadáver de su hija, y muere sobre aquella muerta.

Hubiera sido dar un destino demasiado sombrío al infeliz anciano hacerle vivir después que voló al cielo su hija. Hizo bien en matarle el poeta.

LIBRO TERCERO

Tan eterno es Zoilo como Homero.

I.

La Harpe, dirigiéndose á Shakespeare, le dice: *Ce courtisan grossier du profane vulgaire*, cuyo alejandrino francés, traducido al español, significa: "Del vulgo necio, grosero cortesano." El mismo crítico dice también en otra parte: "Shakespeare todo lo sacrifica á la canalla."

Voltaire también le reprocha su eterna antitesis, pero en cambio La Beaumelle reprocha el mismo defecto á Voltaire. Es justo que al que hiere con la crítica le hieran también con sus propias armas.

El *Eclesiastés* y el *Cántico de los Cánticos* son juzgados de este modo por Voltaire: "Obras sin orden, llenas de imágenes rastreras y de groseras expresiones."

Poco tiempo después, el venenoso crítico tiene que exclamar furiosamente: "Se me posterga á Crebillon el bárbaro" (1).

Un vago de *Œil de Bœuf*, el cortesano marqués de Crequi, vá un día á Ferney y escribe desde allí, con cierto aire de superioridad: "He visitado al viejo niño Voltaire."

Es equitativo que la injusticia caiga algunas veces sobre lo injusto, y Voltaire tuvo lo que mereció. Apedrear á los géneos parece que sea una ley que todos ellos hayan de sufrir; parece que necesiten que los corone el insulto.

Según la opinión de Saumaise, Esquilo solo es un puro *fárrago*. Quintiliano dice que no comprende la *Orestia*. Sófocles desprecia tranquilamente á Esquilo, diciendo: "Cuando hace algo bueno, no sabe

(1) Ou m'ose preferer Crebillon le barbare.

lo que hace." Racine lo rechazaba por entero, solo concediendo amnistía á dos ó tres escenas de los *Choéforos* en una nota puesta al margen de su ejemplar de Esquilo. Fontenelle dice en sus *Observaciones*: "No se sabe qué es el *Prometeo* de Esquilo. Esquilo parece loco."

El siglo décimo-octavo en masa se burló de Diderot porque admiraba las *Euménides*.

Todo el *Dante* es un *disparate*, dice Chaudon. *Miguel Angel* me parece *excesivo*, dice José de Maistre. *No puedo soportar ninguna de las ocho comedias de Cervantes*, dice La Harpe. *Es lástima que Molière no sepa escribir*, dice Fenelon. *Molière es un infame histrion*, dice Bossuet. *Un escolar cualquiera evitaría las faltas en que incurre Milton*, dice el abate Trublet, que es una autoridad como hay muchas. *Corneille es exagerado y Shakespeare extravagante*, dice el mismo Voltaire, á quien hay necesidad de combatir y defender constantemente.

"Shakespeare, dice Ben Johnson, hablaba con torpeza y sin gracia alguna." No hay medio de probar lo contrario, porque los escritos quedan, pero las conversaciones se las lleva el viento.

Poco antes de que Scudery llamase á Corneille *Corneille desplumado*, Green había llamado á Shakespeare *Grajo vestido con plumas ajenas*. En 1752 encerraron á Diderot en Vincennes por haber publicado el primer tomo de la *Enciclopedia*, y el suceso que más llamó la atención aquel año fué una estampa que se vendía en los muelles de Paris y que representaba á un franciscano en el acto de disciplinar al célebre filósofo.

D'Alembert hiere de un solo tiro á Calderon y á Shakespeare. Escribe en una carta á Voltaire lo siguiente: "Ya he anunciado á la Academia vuestro *Heradio* de Calderon, que será leído con el mismo gusto que se ha leído la payasada de Guillermo Shakespeare."

Pero nada importa que todo se ponga en tela de juicio y que se combata lo que es incombatible. El eclipse es una buena prueba, lo mismo para la verdad que para la libertad. El géneo tiene derecho á la persecución, y nada puede afectarle de lo que suceda; era géneo antes y lo será después. La luz del sol no la matan los eclipses.

Puede escribirse todo lo que se ocurra, porque el papel tiene mucha paciencia. El año pasado un erudito grave escribía en una revista: *Homero ya vá pasando de moda*.

Los críticos completan la apreciación del filósofo, del artista y del poeta con el retrato del hombre, pero ¡con qué retrato!

Byron mató á su sastre. Molière tuvo relaciones incestuosas con su hija. Shakespeare tuvo por "amante," á lord Southampton. Para ver reunidos todos los vicios llamó á la escena el público al autor (1). *Todos los vicios* eran Beaumarchais.

Para saber quién era Byron, léanse á *Glenarvon* y las abominaciones que de él dice lady Bl***, á quien él amó y que se vengó de que la hubiese amado.

Fidias fué alcahuete; Sócrates *ratero de capas*; Espinosa renegado; el Dante concusionario; Miguel Angel recibía bastonazos de Julio II y se dejaba despues apaciguar mediante 500 escudos; D' Aubigné fué un cortesano que dormía en el escusado del rey, y se ponía de mal humor cuando el rey no le pagaba; Diderot fué un libertino y Voltaire un avaro; Milton venal, hasta el extremo de recibir 1.000 libras esterlinas por escribir en latin la apología del regicidio, etcétera etc. Quién dice todo eso? ¿Quién refiere esas historias? Quién? La calumnia.

II.

Añadamos un detalle.

La diatriba es en ciertas ocasiones un medio de gobierno.

Así se comprende que la policía interviniera en la estampa que representaba á *Diderot disciplinado*, y que grabase el franciscano un pariente próximo del carcelero de Vincennes. Los gobiernos, que son más apasionados de lo que debían ser, no permanecen inactivos cuando se trata de fomentar los odios del pueblo. En otros tiempos las persecuciones políticas se sazaban con las persecuciones literarias. Es cierto que el odio odia sin ser remunerado, y que la envidia no necesita que le den una pensión por vía de estímulo; se calumnia sin garantía del gobierno, pero la paga nunca estorba. A Roy, que era un poeta cortesano, escribir versos contra Voltaire no le impedía desempeñar el cargo de tesorero de la cámara de Clermont. Siempre viene bien recibir una propina á cambio de un servicio; sonriéndose los amos dictan la orden agradable de injuriar al que se detesta, y se obedece de buen grado.

Antes la autoridad tenía sus escribas,

(1) Et pour voir á la fin tous les vices ensemble. Le parterre en tumulte á demandé l'auteur.

es decir, una especie de jauría de perros, y contra los espíritus libres y rebeldes azuzaba á sus escritorzuelos. No le bastaba torturar; quería hacer sufrir molestias de todas clases. Juntaba á Trissontin con Vidocq, y de esta union resultaba una inspiración compleja. La pedagogía, unida á la policía, formaba parte de la autoridad, y con tal combinación la requisitoria era un elemento de estética.

Es bajo y orgulloso á un mismo tiempo el pedante á quien se eleva á la categoría de cómitre.

El abate Irrail, autor del libro *Las querrelas literarias* y canónigo de Monistrol, pregunta á Beamelle: "¿Por qué injurias tanto á Mr. Voltaire?" "Porque la injuria se vende," responde La Beamelle. Cuando llega á noticias de Voltaire la pregunta y la contestación, exclama: "Es justo: el precio compra el escrito y el ministro compra al escritor. Esto se vende."

Francisca de Issembourg de Hapoucourt, mujer de Francisco Hugo, chambelán de Lorena, y conocida por el pseudónimo de madame de Graffigny, escribía á Mr. Devaux, lector del rey Estanislao: "Mi querido Pampan: alejado Atys (léase: habiendo sido desterrado Voltaire), la policía hace circular multitud de hojas sueltas y folletos en los cuales se le ataca duramente: se venden á sueldo en los cafés y en los teatros. Esto disgustaría á la marquesa de Pompadour si no complaciese al rey."

Desfontaines, otro insultador de Voltaire despues que éste le sacó de Bicêtre, decía al abate Prevost, que manifestaba deseos de que se reconciliase con él el filósofo: "Si Argelia no hiciese la guerra, se moriría de hambre."

Este Desfontaines, que también era abate, murió de hidropesía. Sus aficiones, que eran muy conocidas, movieron á alguno á escribir sobre su tumba el siguiente epitafio: *Periit aqua qui mernit igne.*

Es notable en las publicaciones suprimidas en el pasado siglo por orden del Parlamento, un documento impreso por Quinet y Basogué y destruido sin duda á causa de las revelaciones que contenía, titulado de este modo: *La Aretinada, ó Tarifa de los libelistas ó literatos injuriadores.*

Madame Stäel, que fué desterrada á cuarenta y cinco leguas de Paris, se detuvo cuando llegó á Beaumont-sur-Loire, que dista de Paris exactamente cuarenta y cinco leguas. Desde allí escribía á sus amigos. En una de sus cartas, dirigida á

madame Gay, madre de la ilustre madame de Girardin, se lee el siguiente párrafo: "Ah, querida señora! ¡Qué persecución la que se sufre en estos destierros!... (Aquí suprimimos algunas líneas.) Si haceis un libro se prohíbe hablar de él. Desagrada el que vuestro nombre se publique en los periódicos, y sin embargo, es permitido difamarle."

III.

La diatriba algunas veces se sazona con cal viva. Entre los escritores más aborrecidos por haber sido útiles, Voltaire y Rousseau figuran en primera línea. Cuando vivieron los destrozaron y los machacaron despues de muertos. Cada mordedura que se clavaba en estos hombres insignes la celebraban y la consignaban en la hoja de servicios de los esbirros de las letras. Insultar á Voltaire era un título para alcanzar el grado de galopin en Derecho. Los gobernantes estimulaban á los libelistas en este trabajo. Todavía zumba la nube de moscas que acudió alrededor de aquellas dos ilustres inteligencias. Como Voltaire era superior, fué el más odiado. Todas las armas eran buenas para atacarle, como eran buenos todos los pretextos. Nunca le dejaron en paz. Su popularidad hizo decir á José de Maistre: "Paris le coronó; Sodoma le hubiera expulsado," Arouet se traducía por *á rouer* (para enrodarlo). En casa de la abadesa de Nivelles, princesa del Santo Imperio, semireclusa y semimundana, que para parecer sonrosada se valía de los mismos medios que la abadesa de Montbazou, se adivinaban charadas, entre otras la siguiente: "La primera es su fortuna, la segunda su deber." La solución era Voltaire (1). Un célebre miembro de la Academia de Ciencias, Napoleón Bonaparte, que vió en 1803, en la biblioteca del Instituto, una corona de laureles, en cuyo centro se leía esta inscripción: *Al gran Voltaire*, borró con la uña las tres últimas letras, dejando por consiguiente este letrero: "Al gran Volta."

Constituyóse alrededor de Voltaire un cordón sanitario con el abate Desfontaines á la cabeza y el abate Nicolardot á la cola. Bien podemos colocar á Freron entre ellos, aunque no pertenecía á la Iglesia; sus críticas clericales le hacen acreedor á esta distinción.

Voltaire empezó su carrera en la Basti-

lla. Su prisión estaba próxima al calabozo en que murió Bernardo de Palissy. Jóven, se le castigó con la cárcel; viejo, con el destierro. Estuvo veintisiete años alejado de Paris.

Juan Jacobo, que era algo salvaje y algo huron, fué acorralado, batido como una fiera. Paris le encarceló, Ginebra le expulsó, Neufchatel le rechazó, Motiers-Travers lo condenó, Bienne le apedreó, Berna le dió á escoger entre la cárcel y la expulsión, y la hospitalaria Londres se burló de él.

Ambos murieron con corto intervalo de tiempo, pero su muerte no contuvo los ultrajes. La injuria no se detiene por tan poca cosa. El odio devora los cadáveres, pero los filantrópicos libelos continuarán cebándose en ellos.

Vino la revolución y los colocó en el Panteón.

Al principio de este siglo, los padres llevaban á sus hijos á visitar las dos tumbas y les decían: "Aquí están." Impresionaban las imaginaciones infantiles, que salían de allí llevando grabado en el pensamiento el recuerdo de los dos sepulcros, construidos el uno al lado del otro, provisionalmente revestidos de madera pintada figurando mármol, en la que se leían los nombres de Voltaire y Rousseau semiconfundidos en la oscuridad.

Subió al trono Luis XVIII, y así como la restauración de los Estuardos arrancó á Cromwell de su sepulcro, la restauración de los Borbones despojó del suyo á Voltaire.

Una noche del mes de Mayo de 1814, á las dos, se detuvo un carruaje de plaza cerca de la muralla que dá frente á Bercy, en un campo que cerraba una empalizada; el solar de este campo pertenecía al Ayuntamiento de Paris. El carruaje, que venía del Panteón, fué allí por calles desiertas y solitarias. Se abrió la puerta de la empalizada y entraron en el campo algunas personas, que acababan de apearse del carruaje. Dos de ellas llevaban un saco. Las esperaban otros individuos, algunos de ellos vestidos con traje talar. Se dirigieron hácia un hoyo que encontraron ya excavado en el centro del campo. Refiere uno de los testigos que el hoyo tenía la forma redonda y se parecía á un pozo cegado. En el fondo del pozo habían depositado cal viva. La tenue claridad del alba iluminaba escasamente aquella extraña escena que se verificaba entre personajes mudos. Abrieron el saco, que contenía

(1) Vol, robo; taire, callar.

los huesos revueltos de Juan Jacobo y de Voltaire, que poco antes habian sacado del Panteon. Vaciaron el saco en el hoyo, arrojándolos en él; chocaron los dos cráneos, produciendo una chispa, que no vieron aquellos hombres, y que reconcilió la cabeza que habia concebido el *Diccionario filosófico* con la que pensó el *Contrato social*. Despues que sacudieron el saco, un hombre cogió una pala y llenó la fosa con la tierra que antes habian sacado de ella. La pisotearon para que no apareciese removida; uno de los concurrentes recogió el saco, como el verdugo recoge los despojos de la víctima; salieron de la empalizada, cerraron la puerta, subieron al carruaje y, mudos como siempre, desaparecieron con el vehículo antes de que saliese el sol.

IV.

Saumaise es peor que Scalígero, porque no comprende á Esquilo y lo rechaza. De quién es la culpa? En parte de Saumaise y en parte de Esquilo.

El hombre estudioso que lea atentamente los supremos libros experimenta en ocasiones durante la lectura súbitos escalofríos, seguidos de un estado febril, que le hacen exclamar: "¡Esto no lo comprendo! Esto sí que lo comprendo!" Solo los espíritus de primer orden, solo los génius, que se sumergen en lo infinito, producen en los lectores esa sensacion, que para unos es de estupor y para otros de éxtasis.

Como ya dijimos, y repetimos ahora, el número de lectores selectos acumulados de siglo en siglo y sumándose á sí mismos concluye por formar las muchedumbres, que compone la multitud suprema, que es el público definitivo de los génius.

Este es el público que por fin hay que tratar. Existe, sin embargo, otro público, otros críticos y otros jueces, que ya hemos indicado. Estos son los descontentos.

Los pedantes bravos son tan bondadosos que tienen lástima á los grandes génius, porque son seres imperativos, tumultuosos, violentos, extremados, indóciles con los Aristarcos, refractarios á la retórica oficial y rebeldes á la higiene académica. Por eso tienen compasion de Shakespeare y dicen: "Está loco! ¡Sube demasiado alto!" La muchedumbre de los pedants queda atontada y se incomoda con Esquilo y con el Dante por-

que la obligan á cerrar los ojos y á exclamar: "Esquilo se vá á perder! ¡El Dante caerá!" Ven que se remonta un dios y los imbéciles le gritan: "¡Que te vas á romper la crisma!"

V.

Además, los génius desconciertan. Su potencia lírica les obedece ciegamente y la detienen cuando les place. Parecen unos desenfrenados que se paran de pronto. Estos desenfrenados son melancólicos. Se suben y se paran en la cima de los precipicios; plegan allí las alas y se entregan á una meditacion tan sorprendente como sus arrebatos. Con tanta audacia remontan su vuelo hasta lo infinito, como se sumergen en los abismos.

Son gigantes meditabundos. Su titánica meditacion, para dilatarse, necesita lo absoluto y lo insondable. Piensan como el sol irradia la luz.

Sus idas y venidas hácia el ideal producen vértigos. Para ellos no hay nada demasiado alto ni demasiado bajo: saltan del Pigmeo al Cíclope, de Polífemo á los Mirmidones, de la reina Mab á Caliban, de un cándido amor á un diluvio y del anillo de Saturno á la muñeca de una niña. Tienen una pupila telescópica y otra microscópica, con las que escudriñan familiarmente las dos profundidades aterradoras é inversas; lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

¿No ha de haber, pues, muchas gentes furiosas contra ellos? ¿Por qué no se les ha de reprochar lo que acabamos de decir? ¿A dónde iríamos á parar si se les tolerase tales excesos? No tienen escrúpulos para elegir el asunto, que unas veces es horrible, otras doloroso; desarrollan una idea hasta agotarla, aunque produzca inquietud ó temor, y no tienen misericordia del prógimo. Crean de una manera inmoderada. Si no, véase lo que es Job, un gusano en una úlcera, y *La Divina Comedia*, una série de suplicios, y la *Iliada*, una coleccion de llagas y de heridas. Cortan una arteria y se complacen en describirla. Consultad una porcion de opiniones sobre Homero; por ejemplo, la de Scalígero, la de Terrason, la de Lamotte, y vereis cómo los tratan. ¿No es una inteligencia consagrar la cuarta parte de un canto al escudo de Aquiles? El que no sabe contenerse no sabe escribir. Es verdaderamente terrible que estos poetas todo lo remuevan,

lo desordenen y lo trastornen. Así hablan los Ateneos, las Universidades, las cátedras juramentadas, las sociedades que se llaman doctas; así habla Saumaise, sucesor de Scalígero, en la Universidad de Leyden, y la clase media, y todo lo que representa en literatura y en el arte el partido del orden. Nada más lógico.

A los pobres de espíritu hacen coro los que tienen demasiado espíritu. Los excépticos ayudan á los afeminados. Los génius, exceptuando muy cortas excepciones, son altivos y severos; son de carácter abrupto, desprecian el *panem et circenses*, se amansan difícilmente, gruñen casi siempre y el vulgo de las gentes los ridiculiza.

Vosotros, poetas como Milton y como Juvenal, fomentais la resistencia, perpetuais en el mundo el desinterés y encendéis el tizon de la fé y el áscua de la voluntad para hacer brotar la llama. Sois parecidos á las vestales; teneis un altar, que es la pátria, y un tripode, que es el ideal. Creeis en los derechos del hombre, en la emancipacion, en el porvenir, en el progreso, en lo bello, en lo justo y en lo grande; por eso os habeis quedado atrás y os habeis hecho antiguos. Manifestar tantas virtudes es ya una terquedad. Os refugiais en el honor, pero al fin os refugiais; mas ese heroismo no echa raíces, porque es un arcaismo en nuestra época. El fuego sagrado ha pasado ya de moda. Si creéis en el derecho y en la verdad, no perteneceis á vuestro tiempo; á fuerza de ser eternos, traspasais los límites de la vida.

VI.

En resumen, los grandes génius son importunos y es prudente conservarlos á cierta distancia.

Fuerza es confesar que hay algo de verdad en los cargos que se les dirigen. La aversion que inspiran se comprende. Bajo cierto punto de vista lo grande, lo fuerte, lo luminoso lastima. A nadie le gusta ser sobrepujado, y al que le demuestran que es inferior se ofende. Lo bello existe por sí mismo y no necesita para nada del orgullo; pero á la medianía humana la humilla al mismo tiempo que la encanta; parece que naturalmente la belleza sea un vaso lleno de orgullo y que el público, para vengarse del placer que le causa, aplique al génius que la produce la palabra *soberbio*, que tiene dos sentidos, uno de los que hace

desconfiar del otro. El defecto de lo bello, como antes digimos, es el de exceder de los límites ordinarios. Un croquis de Piraneso os extravía; un golpe de Hércules os mata. Lo grandioso tiene sus faltas. Es ingénuo, pero estorba. Esperais que la tempestad os refresque y os ahoga; esperais que el astro os ilumine y os deslumbra, cuando no os ciega. El Nilo fecundiza, pero se desborda. Lo excesivo es incómodo; vivir en el abismo es grosero; el infinito es poco habitable. No conviene construir una casa de campo en la catarata del Niágara ni en el circo de Gavarnia. Es muy difícil familiarizarse con esas feroces maravillas; para contemplarlas habitualmente sin sentirse perturbados es preciso ser un estúpido ó un génius.

Hasta la aurora nos parece demasiado intensa, y sufre el que la mira frente á frente; la vista en ciertos momentos no puede resistir la luz del sol. No nos maravillamos, pues, de las quejas, de las reclamaciones, de la prudencia de cierta clase de crítica; de las oftalmías que padecen las academias y algunos centros de enseñanza, de las precauciones que recomiendan al lector y de los tragaluces que emplean para amortiguar los resplandores del génius. Este, por la misma fuerza de ser génius, sin él saberlo, es intolerable. ¿Qué familiaridad es posible tener con Esquilo, con Ezequiel y con el Dante?

El yo dá derecho á tener egoismo, y lo primero que hacen esos seres es maltratar el yo de los demás. Siendo los génius exorbitantes en todo, oprimen vuestro yo, porque sobrepujan vuestra inteligencia, ciegan los ojos de vuestra imaginacion, interrogan y escudriñan vuestra conciencia, conmueven y arrebatan vuestro corazon. Yendo con ellos no sabeis nunca dónde os encontráis. A cada paso os deslumbran con lo imprevisto. Creíais habéroslos con hombres y os encontráis con gigantes; esperábais ver águilas y veis seres con seis alas. ¿Están acaso fuera de la naturaleza y les falta la humanidad? Nada de eso; todo lo contrario. Aventajan á los demás seres en que contienen más esencia de naturaleza y de humanidad. Son hombres sobrehumanos, pero hombres. Vosotros teneis la parte, ellos el todo; abarcan en su inmenso corazon á toda la humanidad, son más que vosotros, y como os reconocéis en su obra, os sorprendeis. A su naturaleza total, á su humanidad completa agregan, aumen-

tando vuestro terror, la prodigiosa reverberacion de lo desconocido. No es, pues, de extrañar que esquivéis su familiaridad y que no os sea enteramente agradable su compañía.

Para que recreen los libros colosales es preciso que los lectores sean atletas. Es indispensable confesarlo: los mónstruos de lo sublime desordenan y trastornan la vulgaridad de las costumbres, la vida pedestre y el egoismo tranquilo é inofensivo.

Sin embargo, en determinadas horas nada encontrareis tan hospitalario para el alma como esos espíritus severos, si os abismais en su lectura. Su bondad y su dulzura no tienen límites. Os llaman diciendo: Entrad. Os reciben en su casa con fraternidad de arcángeles, afectuosos, melancólicos y consoladores. Os encontráis allí muy bien, porque conocéis que os aman.

Extraordinario poder supone extraordinario amor. Se hincan de rodillas como vosotros para hacer oracion, porque saben que Dios existe. Aplicad el oído á estos colosos y oiréis cómo palpitan. ¿Teneis necesidad de amar, de llorar, de arrodillaros, de levantar las manos al cielo con confianza y con serenidad? Pues escuchad á los poetas, que ellos os ayudarán á elevaros hácia el dolor sano y fecundo y os harán sentir la utilidad celeste del enternecimiento. El génio tiene algo de la maternidad.

Como las grandes montañas tienen en sus vertientes todos los climas, los grandes poetas tienen todos los estilos; les basta con cambiar de zona. Ascended y encontrareis la tormenta; descendad y encontrareis las flores. El fuego interior se armoniza fácilmente con el frío exterior; el ventisquero no desea otra cosa que ser cráter, y la salida más grata para la lava es al través de la nieve. No es extraño que salga en llamas de las cúspides de las montañas polares. Este contacto de los extremos es una ley de la naturaleza, en la que á cada paso se producen los efectos teatrales de lo sublime. Una montaña ó un génio son majestades ásperas. Esas masas desprenden una especie de intimidacion religiosa. El Dante está tan cortado á pico como el Etna. Los precipicios de Shakespeare equivalen á los abismos del Chimborazo. Las cimas de los poetas están cubiertas de nubes como las cumbres de las montañas, y se oye en ellas el fragor de los truenos. En los valles, en las gargantas, en los pliegues del terreno corren arro-

vos, cantan pájaros, se mueven las hojas y se abren las flores.

LIBRO CUARTO

Crítica.

I.

Todas las obras de Shakespeare, exceptuando *Macbeth* y *Romeo y Julieta*, es decir, treinta y cuatro de las treinta y seis que escribió, ofrecen cuando se estudian una particularidad que no han notado hasta hoy los comentaristas y los críticos más importantes; ha pasado desapercibida para los Schlegel y para el mismo Villemain, y sobre la cual es preciso decir algo. Esta particularidad consiste en una doble accion que atraviesa el drama y que le refleja en pequeño. Al lado de la tempestad en el Atlántico, la tempestad dentro de un vaso de agua. Así Hamlet tiene debajo de sí á otro Hamlet; mata á Polonio, padre de Laertes, y Laertes está ante Hamlet en la misma situacion que éste frente á frente de Claudio. Hay, pues, dos padres que vengar; del mismo modo podria haber en el drama dos espectros. Tambien en el *Rey Lear*, al que desesperan sus hijas Goneril y Regana y al que consuela su hija Cornelia, se repite esta misma situacion en Gloucester, que es víctima de la traicion de su hijo Edmundo y se vé idolatrado por su hijo Edgardo. Es extraño que se encuentre en Shakespeare la idea bifurcada, haciéndose eco á sí misma un drama menor, copiando al drama principal la accion, arrastrando á su satélite la accion menor y la unidad cortada en dos. Las acciones dobles han sido censuradas por los comentadores que se han fijado en ellas. Nosotros no nos asociamos á esa censura, pero esto no quiere decir que aprobemos que se escriban dramas con dos acciones. El drama de Shakespeare es un drama *sui generis*, es propiamente suyo, es inherente á ese poeta, está en la médula de sus huesos. Por eso se ven en sus obras originalidades absolutamente personales é idiosincrasias que existen sin constituir ley. Esas dobles acciones son enteramente shakespeareanas. Ni las admiten Esquilo ni Molière, y nosotros aprobamos que no las admitan.

Esas dobles acciones son además pro-

pias del siglo diez y seis. Cada época lleva su misteriosa marca de fábrica. Los siglos tienen cada uno su firma especial, que estampan al pié de las obras maestras y que es necesario saber descifrar y reconocer. El siglo diez y seis no firma como el siglo diez y ocho. El renacimiento era un tiempo sutil y de reflexion. El espíritu del siglo diez y seis era de doble aspecto, y su idea estaba dividida en dos compartimientos. Observad los púlpitos de las iglesias. El renacimiento, con arte exquisito y caprichoso, hacia siempre repercutir el Antiguo Testamento en el Nuevo. En todo habia doble accion. El símbolo explica el personaje, repitiendo su actitud. Si en un bajo-relieve Jehová sacrifica á su hijo, en el bajo-relieve de su lado está Abraham sacrificando á su hijo tambien. Jonás pasa tres dias en el vientre de la ballena, y Jesús pasa tres dias dentro del sepulcro.

Estas singulares repercusiones constituyen uno de los modos de ser del arte profundo y rebuscado del siglo diez y seis.

Por eso Shakespeare, que fué fiel al espíritu de su época, ideó á Laertes, vengando á su padre al lado de Hamlet, que vengaba el suyo, é hizo que aquel persiguiese á Hamlet al mismo tiempo que Hamlet perseguia á Claudio; por eso retrató tan bien la piedad filial de Cornelia en la piedad filial de Edgardo, é imaginó que sufriesen la ingratitud de dos hijos desnaturalizados dos padres miserables, uno de los que habia perdido la luz de los ojos y el otro la luz de la razon.

II.

Entonces no debe haber críticos? ¿Entonces no debe haber censura? El génio es una entidad como la naturaleza, y por lo tanto ha de ser, como ella, aceptado sin condiciones. Por la montaña se sube ó no se sube. Hay gentes que critican el Himalaya piedra por piedra. El Etna alumbró y vomitó, lanza fuera su resplandor, su ira, sus lavas y sus cenizas, y los críticos las cogen y las pesan. Entre tanto el génio continúa haciendo su erupcion. Todo en él tiene su razon de ser. Su sombra es el anverso de su luz; su humo proviene de su llama; sus precipicios son proporcionados á su altura. Preferimos esto á aquello, pero nada decimos al presentir en esa maravilla la presencia de Dios. Nos encontramos en

un bosque; el modo de crecer de cada árbol constituye un secreto; la savia sabe lo que hace y las raices obran como deben. Tomamos las cosas como son en realidad; nos agrada lo que es excelente, tierno ó magnífico; aplaudimos las obras magistrales; no nos servimos de unas para rechazar las otras; no exigimos que Fidias esculpa catedrales ni que Pinagrier embellezca los templos con cristales de colores; ni pedimos á Munster la perfeccion del Parthenon, ni al Parthenon la grandeza de Munster. Nos satisfacemos con que las dos obras sean bellas, y renunciamos de buen grado á criticar al pavo real las patas, al cisne el grito, al ruiseñor las plumas, á la mariposa la oruga, á la rosa las espinas, al leon el hedor, al elefante la piel, á la cascada el rumor, á la naranja las pepitas, al Océano la sal, al sol las manchas y á Noé la desnudez. El *aliquando bonus dormitat* es permitido á Horacio y lo aceptamos. Pero Homero estamos seguros de que no se lo diria á Horacio. A aquella águila le pareceria delicioso este colibrí parlero.

Convengo en que produce cierta satisfaccion creerse superior á los demás y decir: Homero y el Dante son pueriles. ¿Por qué no se ha de procurar disminuir el valor de los génios? Es grato, por ejemplo, exclamar con el abate Trublet: *Milton es un niño de escuela*. ¡Cuánto génio ha de tener el que encuentra que Shakespeare no lo tiene! Así se lisonjean á sí mismos ciertos hombres. El autor de estas líneas declara que lo admira todo como un ignorante. Por eso ha escrito este libro.

Admiro y soy entusiasta. Creo que en este siglo no ha de ser inútil este ejemplo.

III.

No esperéis, pues, ninguna crítica. Admiro á Esquilo, á Juvenal y al Dante en conjunto y en detalle, y no me burlo de los grandes bienhechores de la humanidad. Lo que vosotros llamais defecto yo lo califico de acento. Recibo y doy las gracias. No heredo las maravillas del espíritu humano á beneficio de inventario. Al Pegaso regalado no le miro las bridas. Las obras magistrales me dan hospitalidad, y entro en ellas con la cabeza descubierta y encuentro hermosa la fisonomía del huésped. Inútil es decir que admiro á Shakespeare. Ya que me han calificado de *simple* algunos es-